

COSTUMBRISMO Y PRENSA EN LA CANTABRIA DEL SIGLO XIX*

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA

garcia.7@osu.edu
The Ohio State University

Resumen

El trabajo es un estudio de las publicaciones de Cantabria durante el siglo XIX, analizando los artículos y composiciones de tipo costumbrista regional.

Palabras clave: Prensa de Cantabria, costumbrismo

Abstract

The work is a study of the publications of Cantabria in a the Nineteenth century, analyzing the articles and regional folkloric type compositions.

Keywords: Press of Cantabria, *constumbrismo*

El presente trabajo es un breve recorrido por aquellas publicaciones periódicas montañesas del siglo XIX en las que aparecieron artículos y otras composiciones de carácter costumbrista; basándome principalmente en ellas he pretendido destacar aquellos temas, tipos y escenas propios de la Montaña, o compartidos por ella con otras regiones del norte de España. Temas, tipos y escenas que aparecieron repetidamente y llegaron a ser icónicos de unas convencionales señas de identidad¹.

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación ROMANTICISMO ESPAÑOL E HISPANOAMERICANO: CONCOMITANCIAS, INFLUENCIAS, POLÉMICAS Y DIFUSIÓN (FFI2011-26137), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

1. Las obras citadas son representativas y no incluyen todos los artículos publicados sobre cada tema; algunas se publicaron por primera vez en la prensa y otras aparecieron

Para estudiar la prensa de Cantabria contamos, además del *Catálogo de la Hemeroteca montañesa (1809-1976). Índice de publicaciones periódicas de Santander y su provincia, III* (Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1977) de Francisco Sáez Picazo y Felisa Gutiérrez Iglesias, con la *Historia de la prensa santanderina* (Santander: Centro de Estudios Montañeses, 1982) de José Simón Cabarga, y con *Periódicos montañeses (I) 1808-1908, Cien años de prensa en Santander* (Santander: Tantín, 1987) de Antonio del Campo Echevarría².

Aunque la Montaña tuvo escritores ilustres, los historiadores de la literatura tendrían que esperar hasta el siglo XIX cuando la prensa periódica, casi inexistente allí hasta entonces, adquirió un desarrollo notable; la aparición de periódicos y de revistas literarias hacia 1840 contribuyó a definir la futura escuela montañesa, y al igual que en el resto de España, este desarrollo llevó aparejado el de los artículos de costumbres.

Conocemos tres textos anteriores al XIX; el primero es un romance de ciego, anónimo, del siglo XVII, titulado «Nuevo y curioso romance en que va declarado de la forma que los Montañeses vienen a España y hacen de sus tripas cofre, para recoger la plata, y los oficios que usan». Su autor, probablemente un hijo de Cantabria, describe en detalle a los jándalos, sus andanzas y trabajos en Sevilla y finalmente su vuelta al pueblo, ya ricos. Al trasmerano marqués de Casa-Cagigal debemos una «Descripción poética del viaje que hizo a la Montaña...» en 1775 cuando era un joven oficial de la Guardia Real, que es una descripción burlesca desde la perspectiva de un cortesano de aquella tierra y de sus gentes. Finalmente, don Pedro García de Diego, Oficial Mayor de la Real Aduana, fue autor de la primera *Guía* de Santander (1793) y de un *Entremés de la Buena Gloria*, (1783) que es el primer cuadro de costumbres marineras santanderinas que ha llegado hasta nosotros. Escenificaba en él la costumbre de los pescadores de reunirse en casa de un difunto después del entierro y hacer una colecta para comprar alimentos y bebidas. Se consumían allí «a la buena gloria» del difunto y, animados todos por el alcohol, solían acabar a golpes³.

formando parte de un volumen. El interés de los costumbristas por los mismos temas se manifestó en numerosos artículos y en libros hasta mediado el siglo XX.

2. A pesar de la riqueza de datos que aportan tanto la *Historia de la prensa santanderina* como *Periódicos montañeses (I) 1808-1908, Cien años de prensa en Santander* carecen de rigor analítico, en especial la última, y abundan en inexactitudes.
3. Se representó en Santander en los Carnavales de 1783 bajo el nombre de *Las buenas glorias de Baco*. Ver Salvador García Castañeda (1988), «El Entremés de la Buena Gloria (1783) de Pedro García de Diego. Estudio y edición», *Anales de Literatura Española*, 6, 273-308.

Mediado el siglo proliferaron los periódicos y otras publicaciones de intereses materiales, literarios, satíricos, o políticos de diversas tendencias, la mayoría de los cuales, como era frecuente, tuvieron existencia efímera. Por orden cronológico, destacaré *El Buzón de la Botica*, un periódico que apareció en 1844 y prometía mucho pero del que solo vieron luz diez y seis números; le publicaba una tertulia de amigos que se reunía en la santanderina farmacia de Cuesta y que estuvo a cargo del periodista y poeta Calixto Fernández Camporredondo y de Adolfo de la Fuente, y en sus páginas se publicaron diversos artículos de costumbres.

Mesonero Romanos comenzó a publicar en Madrid y en pleno Romanticismo el *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857), para un público lector en su mayoría perteneciente a las clases acomodadas urbanas. Allí fue dando a conocer los tipos, usos y costumbres propios de desconocidas regiones y lugares del mundo rural, y sobre la Montaña aparecieron una veintena de artículos, la mayoría obra del santanderino Manuel de Assas, que fue el último director del *Semanario*. Solían llevar grabados en madera en los que predominaban las vistas pintorescas y proporcionaban datos históricos y geográficos y noticias sobre el modo de vivir de los naturales. Además de Assas contribuyeron en ellos Amós de Escalante y Angel de los Ríos y, entre los artículos intencionadamente costumbristas destacan «Romería en las montañas de Santander» (1848), dos sobre los pasiegos, uno de Enrique Gil (1839) con un grabado, y otro de Antolín Esperón (1851) que retratan ya aquel tipo y sus costumbres de modo bastante exacto, y una serie de seis artículos, también de Esperón, titulada «Santander y las Provincias Vascongadas» (1850).

Tendría que pasar casi otra década hasta la publicación de *El Tío Cayetano* (1858-1859), un semanario festivo escrito por el joven José María de Pereda y algunos amigos, que publicó los cuadros de costumbres «El trovador», «El jándalo» y «Los pastorcillos» que después formarían parte de las *Escenas montañesas* (1864). Excepcional importancia tuvo *La Abeja Montañesa* (1864-1868), un periódico en el que escribieron tantos ingenios locales y en cuyas páginas aparecieron artículos tan valiosos como «Un consejo de familia... cuento que parece historia» de Federico de la Vega en el que el protagonista, un joven educado y rico, desdeña la corte por la vida en la aldea, o «Delicias del campo» firmado por «Réquiem» (1868). El mismo año en que dejó de existir *La Abeja* reapareció *El Tío Cayetano* (1868-1869), también a cargo de Pereda y de sus amigos, pero esta vez como una publicación política que atacó enconadamente al nuevo régimen de «la Gloriosa» y a sus hombres.

Conocida es la amistad que mantuvo Gumersindo Laverde con numerosos hombres de letras de su tiempo y, como atestiguan las cartas cruzadas con

Pereda y con Menéndez Pelayo⁴, la influencia que ejerció sobre aquellos en sus respectivas carreras. Y aunque incapacitado pronto para los trabajos literarios por su mala salud, mantuvo un fecundo contacto epistolar a través del que fue vertiendo ideas y proyectos. Muchos resultaron de la devoción por su patria chica, entre ellos el *Almanaque de las Dos Asturias*, publicado en Lugo, redactado por gente de letras de la Montaña y de Asturias, y del que aparecieron dos números, el de 1865 y el de 1866. Según la «Introducción» del nuevo almanaque, su propósito era destacar la indisoluble unidad de caracteres físicos y morales que tuvieron siempre las provincias de Asturias y Santander, un programa en el que Ángel Fernández de los Ríos incluía a «Oviedo, Santander, Galicia, León y Palencia [que] debieran hacer oír la voz del Norte» (1865). El *Almanaque de las Dos Asturias* publicó leyendas populares, localizadas en Asturias o en la Montaña y en una Edad Media convencional que revelan la pervivencia de un romanticismo ya trasnochado. Las narraciones de costumbres contemporáneas son escasas aunque están bien representadas por «Los chicos de la calle» (1866) de Pereda y «Mar afuera» (1865) una bella narración autobiográfica de Amós de Escalante. De Laverde es una versión de «La gratitud del Nubero» (1865), un cuento popular asturiano, y una descripción de la procesión marítima de Tazonés en Asturias de Cándido Salinas, que rebusa amor al pasado y a las costumbres populares (1865).

Hacia 1876 eran figuras de primera magnitud en la escena literaria santanderina, además del Pereda autor de *Escenas montańesas* (1864) y *Tipos y paisajes* (1871), Amós de Escalante, el joven y ya descollante Menéndez Pelayo, los poetas Ricardo Orlan y Adolfo de la Fuente, don Angel de los Ríos y, entre los que estaban fuera, los eruditos Manuel de Assas, Enrique Leguina y Gumersindo Laverde. Pero desde los tiempos del primer *Tío Cayetano* (1858-1859) Santander carecía de revistas literarias y en febrero de 1876 un contertulio de Pereda, el impresor y librero Francisco Mazón lanzó *La Tertulia*, una publicación dedicada «A nuestras lectoras», con acertijos y charadas, así como con obras en verso de índole ligera y festiva. Su éxito encandiló a Mazón para publicar una revista literaria que, ya desde el primer número, alcanzaría un nivel desconocido en Santander hasta entonces. Aquel fue el director nominal de la nueva publicación aunque todo lo relacionado con las colaboraciones estaba en manos de Pereda y de Menéndez Pelayo, quienes con frecuencia solicitaban y recibían directamente las de sus amigos. El entusiasmo de todos contribuyó a que la revista saliese pronto y el 1 de agosto estaba en la calle

4. Aguilera, Ignacio (1967), *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo (1874-1890)*. 2 vols. Santander: Diputación Provincial.

el primer número. La nueva *Tertulia* salía ahora cuidadosamente impresa y en tamaño folio, pero apenas transcurrido un año, Mazón decidió ampliar horizontes y transformarla en otra publicación que abarcara los «intereses literarios de las dos Asturias».

La *Revista Cántabro-Asturiana*, que continuaba la tarea emprendida por el *Almanaque de las Dos Asturias* de 1864, recordaría luego a sus lectores que entre cántabros y astures existía una identidad geográfica, racial («el primitivo celtismo») y de costumbres y atribuiría la prosperidad de ambas provincias al «haber conservado más puros los elementos tradicionales y el culto de sus viejas y gloriosas memorias». De especial interés son las páginas de presentación «Al que leyere» en *La Tertulia* y el «Prospecto» en la *Revista Cántabro-Asturiana*, escritas ambas por Menéndez Pelayo y que reflejan tanto la influencia de Laverde como la ideología del futuro autor de los *Heterodoxos*. Estos prólogos marcan un programa de exaltación regional, exclusivista el de *La Tertulia* y de comunión con Asturias el de la *Cántabro-Asturiana*, programa que se llevó a cabo cumplidamente mientras duró su corta vida. La primera insistía en que sería una revista *Montañesa* [subrayado en el texto], «eco fiel del muy notable movimiento literario que, de algunos años a esta parte, habrán notado los menos linceos en la capital de la Montaña» y que daría preferencia a los temas locales para ir «conquistando por grados la *autonomía* que otras más afortunadas regiones de España disfrutaban».

Conocidas son las relaciones de algunos de estos montañeses con los intelectuales catalanes, comenzando por Milá y Fontanals, maestro de Menéndez Pelayo; *El sabor de la tierruca* se publicó en Barcelona en 1882 y con ilustraciones de Apeles Mestres, a través de quien Pereda conoció a Narcís Oller y a otros escritores de la *Renaixença*. Laureano Bonet ha estudiado la actitud del santanderino hacia las autonomías regionales; Pereda veía con simpatía a los regionalistas catalanes y, como ellos, se oponía al centralismo de Madrid pero cuando el catalanismo alcanzó mayor coherencia política y se proclamaron las bases de la *Unió Catalanista* (1892), reaccionó negativamente, «atemorizado por pasar del concepto *de región* (que acepta) al concepto de nación (que rechaza)⁵.

La Tertulia y la *Revista Cántabro-Asturiana* aparecieron en un momento en el que había escritores santanderinos ya establecidos, otros que habían colaborado en *La Abeja Montañesa*, en *El Tío Cayetano*, en el *Almanaque de Las Dos*

5. Acerca del regionalismo de Pereda, ver Laureano Bonet, *Literatura, Regionalismo y lucha de clases*. Barcelona: Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 1983, y la introducción a su edición de *La puchera*. Madrid: Castalia, 1980; y Benito Madariaga, *Antología del regionalismo en Cantabria*. Santander: Tantín, 1987.

Asturias o en la primera *Tertulia*, y alguno como Pereda o Menéndez Pelayo quienes, a pesar de su diferencia de edad, estaban en los albores de su carrera literaria. Habría que esperar bastantes años al *Atlántico* (1886-1896) en el que José María Quintanilla («Pedro Sánchez») y sus colaboradores recogerían la herencia del sentimiento regionalista perediano, y después a *La Atalaya*, para encontrar un grupo tan acorde y tan selecto aunque aquellas publicaciones, dado su carácter de periódicos, no alcanzaron la altura intelectual de *La Tertulia* o de la *Cántabro-Asturiana*.

Por medio de sus escritos y de sus tertulias en la Guantería, en las Catacumbas y en el Café Suizo, José María de Pereda tuvo una influencia decisiva en las letras montañesas de su tiempo y ejerció un magisterio que duró más allá de su propia vida sobre el grupo de jóvenes escritores y artistas formado, entre otros, por Enrique Menéndez Pelayo, José María Quintanilla, Alfonso Ortiz de la Torre, Federico Vial, Antonio Mazarrasa, Tomás C. Agüero, Agabio de Escalante, Manuel Marañón y Fernando Pérez de Camino, a los que afectuosamente retrató en su novela *Nubes de estío*. Algunos recogieron su herencia, y a ellos se debieron el semanario *Santander Crema* (Diciembre 1883 – Marzo 1884 y Septiembre – Diciembre 1887) y el periódico *El Atlántico* (1886-1896).

Santander Crema (Santander: Imp. de Telesforo Martínez), estuvo dirigido por Ricardo Olanar, y tuvo dos épocas, la primera entre el 2 de diciembre de 1883 y el 30 de marzo de 1884, con diez y ocho números, y la segunda, tres años después, entre el 25 de septiembre de 1887 y el 30 de marzo de 1884, con trece. Fue un «Semanario cómico ilustrado» redactado por Enrique Menéndez Pelayo y otros jóvenes de la «crema» santanderina, y dedicado a un público lector de intereses semejantes a los suyos, cuyos artículos de costumbres tomados en conjunto constituyen, a mi juicio, una aguda crónica de la vida y costumbres del Santander de su tiempo.

Habría que esperar bastantes años hasta la aparición de *El Atlántico*. «Diario político de intereses generales», que tuvo larga vida pues se publicó entre el 1 de enero de 1886 hasta el 21 de abril de 1896. Enrique Gutiérrez Cueto, su fundador y director, se rodeó de un grupo formado con poca diferencia por quienes habían redactado el *Santander Crema*, encabezado por José María Quintanilla y Enrique Menéndez Pelayo. En su reseña de este diario, destaca Simón Cabarga que *El Atlántico* se distinguió por su tono mesurado incluso en las polémicas, por su liberalismo dinástico y católico, y por mantener viva la herencia del sentimiento regionalista. Pero dejó de publicarse ante la fuerte competencia con dos nuevos diarios, *La Atalaya* (1893-1927), periódico católico fundado por el obispo Sánchez de Castro, y su antagonista *El Cantábrico*

(1895-1937), democrático y republicano, dirigido por el popular periodista satírico José Estrañi, amigo íntimo de Galdós.

Entre los periódicos de Cantabria publicados fuera de la capital merece destacarse *El Ebro* (1884-1890) de Reinosa, fundado por Demetrio Duque y Merino, en el que colaboraron otros costumbristas campurrianos como Ramón Sánchez Díaz, Ramón Núñez de Obeso y Adolfo de la Peña, fundador a su vez de *Campóo*, otro periódico literario y de intereses materiales de la misma región. *El Eco Montañés* (1900-1901), dirigido por Juan Antonio Galvarriato, salió en Madrid, destinado a los cántabros que vivían fuera de su tierra, y en sus páginas aparecieron biografías de montañeses ilustres, noticias de lo que sucedía en «la tierruca» y colaboraciones literarias, entre las que abundaban las de carácter costumbrista, debidas a autores locales como el mismo Galvarriato, Duque y Merino, Delfín Fernández y González y Domingo Cuevas.

Y aunque no tuvieron carácter periódico es imprescindible incluir aquí por su aportación al costumbrismo de la región el volumen *La Montaña. Paisajes, Costumbres y Marinas de la Provincia de Santander* (1889), que es una bellísima colección de dibujos por los pintores Fernando Camino y Victoriano Polanco, y el álbum *De Cantabria. Letras. Artes, Historia. Su vida actual*, también ilustrado, que se publicó en 1890. Contribuyeron en él Duque y Merino con «Panojuca», quizá su relato de costumbres más entrañable, Pereda con «Cutres», un relato sobre el fin de la carretería, Adolfo de Aguirre con «El canto del dalle», de tema aldeano, Ramón Muñoz de Obeso con «El específico de la tía Celipa», una graciosa historia de cuquería aldeana, y Ambrosio Menjón («Sardinero») trazó en «Etapas de un marino», una nostálgica evocación del tiempo de los barcos de vela. Estas publicaciones y otras que aparecieron fuera de la región dieron a conocer repetidamente en grabados y en artículos de costumbres tipos y escenas propios de la Montaña, o compartidas por ella con otras regiones del norte de España. Tipos y escenas que llegaron a ser iconos de unas convencionales señas de identidad.

Uno de los principales propósitos de los costumbristas, que escribían para un público en gran mayoría urbano, era dar a conocer las costumbres de quienes habitaban en zonas apartadas y primitivas, y la Montaña, ofrecía gran riqueza de tradiciones, usos y costumbres. La literatura ha pintado a los aldeanos montañeses como rudos y trabajadores, austeros y temerosos de Dios. Formaban parte de comunidades que hacían grandes esfuerzos para subsistir en una naturaleza que en buena parte de Cantabria es montañosa y de clima hostil, y la mayoría trabajaba para un amo cuyas tierras arrendaban y cuyos ganados llevaban en aparcería.

Sin embargo, desconfiados y ariscos, eran muy dados a pleitear (José López Bustamante), «El litigante», *El Buzón de la botica*, 1844; Pereda, «Suum cuique», «Cutres»), y, como escribía Antolín Esperón, «una palabra o una acción que en otras partes pasaría desapercibida, aquí da motivo a una querrela, a una contienda, a una enemistad. Los paisanos son muy pleitantes y un tanto cavilosos» («Impresiones de viaje. Santander y las Provincias Vascongadas», *Semanario Pintoresco*, 1850). Suelen ser pleitos por minucias que amargan sus vidas; en «Un pleito en la Montaña o la sombra de un burro», una graciosa narración de autor anónimo, el aldeano Pedro vende un burro a Juan y en el camino, acosado por el calor, Pedro se echa a la sombra del burro pero Juan no se lo permite porque el burro ya es suyo. La discusión da lugar a un pleito que les arruina y que dura hasta después de muerto el burro (*El Despertador Montañés*, 1852).

Su espíritu litigioso se manifestaba en aquellas reuniones en las que se discutían asuntos de carácter municipal o colectivo y dio lugar a artículos de costumbres como «Cuadros del país. El concejo de mi lugar» de Pereda (*El Tío Cayetano*, 1859); «El concejo de mi pueblo», de Juan Gutiérrez de Gandarillas (*Album de El Aviso*, 1893); y «Un concejo», de Delfín Fernández y González, (*Pos veréis...*, 1899).

En sus primeros artículos costumbristas Pereda les caricaturizó hasta la deformación grotesca («Los pastorcillos», «El trovador», «La primavera», «La cruz de Pámanes»), una visión que fue cambiando progresivamente hasta que, tras la Revolución de Septiembre, la difusión de las ideas liberales y los cambios sociales en las ciudades le llevó a buscar en la aldea las tradicionales virtudes de la raza.

Entre los artículos sobre los trabajos del campo y relacionados con las vacas podríamos mencionar «Una aparecería» y «La bajada de la cabaña» (*Cabuérniga. Sones de mi valle*, 1895) de Delfín Fernández y González; «Concejo de aparcería» y «Las derrotas», ambas de Alcalde del Río (*Escenas cántabras*), y «El día 4 de octubre» (*Escenas montañesas*, 1877) de Pereda. Y dedicados a la yerba estarían, entre otros, «Una noche en el molino», también de Alcalde del Río, y «Agosto. Bucólica montañesa» (*Los meses*, 1889), un delicioso relato de Pereda.

La compra y la venta de animales, de productos de la tierra, de ropas, de herramientas y de otros objetos de uso común se hacía en las ferias, y el acudir a ellas era una ocasión señalada sobre todo cuando coincidían con fiestas locales, con bailes y romerías. Sobre ellas escribieron, además del imprescindible Pereda, otros amantes del color local como el anónimo autor de «Una romería en las montañas de Santander» (*Semanario Pintoresco*, 1844), Duque

y Merino, «Una romería» (*El Atlántico*, 1888); Fernando Segura («Fin de la romería», *Campóo*, 1895); o Evaristo Herrera y Herreros, («Variedades. Las fiestas de la aldea», *El Eco*, 1884).

Otras veces el trabajo adquiriría un espíritu festivo y daba ocasión a la gente joven para reunirse y cortejar. Me refiero a *la deshoja*, cuando a finales de octubre se reunía un grupo de gente en un desván al anochecer de un día determinado para quitar las hojas que envolvían a las panojas antes de almacenarlas (Pereda, «Suum cuique», *Escenas montañesas*, 1864). También eran propias del otoño las *magostas*, en las que grupos de jóvenes se juntaban para asar castañas, beber vino, contar cuentos, bromear y entablar relaciones amorosas (Pereda, *El sabor de la tierruca*, 1882). Y en las noches de invierno la costumbre de las *hilas* reunía a algunos vecinos en casa de otros donde alrededor del fuego del hogar mientras las mujeres hilaban y los hombres arreglaban aperos de labranza, tenían una alegre tertulia (Duque y Merino, «Contando cuentos y asando castañas, 1897»; Pereda, «Al amor de los tizones», *Tipos y paisajes*, 1871; Adolfo de la Peña, «Costumbres campurrianas: la hila», *El Ebro*, 1884»).

Como en otras partes de España, los mozos solteros salían a rondar por las noches para poner por San Juan *los ramos* en los balcones de las jóvenes del pueblo, o al volver de las romerías o después de las deshojas. Propio de estas rondas era que el cortejante se anunciara frente a la casa de la cortejada lanzando el *ijujú*, una especie de relincho que podía expresar saludo, reto, alegría y despedida, y cantara después alguna tonada de salutación. Otras rondas tenían carácter petitorio como las de los quintos, o *las marzas*, en las que grupos de mozos iban cantando por las casas coplas en alabanza de la primavera o de los vecinos, quienes correspondían con comestibles que los rondadores consumían luego en una merienda (Pereda, «La noche de Navidad», *Escenas montañesas*, 1864; Duque y Merino, «De las marzas», *Contando cuentos y asando castañas*, 1897; Anón, «Las marzas de 1895», *Campóo*, 1895; Fernández y González, *Cabuérniga. Sones de mi valle*, 1895).

El «tipo» (en el sentido costumbrista de la palabra) más conocido (y más falsamente representativo) de la Montaña sería el de los pasiegos, ella con el cuévano atrás y él con el palo, cuya imagen, acompañando artículos y presente en sainetes, romances, artículos de costumbres, anuncios, cromos y aleluyas representaba rutinariamente la provincia de Santander. Se les consideraba como una raza exótica, y despertaban el interés por su independencia; eran andarines incansables y vivían principalmente del pastoreo, así como del comercio por toda España, y al contrabando. Enrique Gil y Carrasco se ocupó de ellos en el *Semanario Pintoresco* («Los pasiegos», 1839) y aunque dio una

visión bucólica de la naturaleza en la Vega de Pas, señaló ya las características físicas y morales de la raza, su inteligencia y su cautela, sus hábitos trashumantes de pastoreo y su modo de vestir; más tarde, y en la misma publicación («El pasiego», 1851) y Francisco Juan de la Sierra, en su excelente artículo «Los pasiegos», publicado en *El Eco de Cantabria* (1861), destacaba sus virtudes. Estos y otros autores mencionaron también su profunda desconfianza de los foráneos y Esperón corroboraba este juicio con varias anécdotas que consideraba auténticas y que contribuían a perpetuar el estereotipo. También contribuyeron a popularizarlos las amas de cría pasiegas, entre las que se escogían las que criaban a los hijos de la Familia Real, costumbre que imitaron las familias de la burguesía, hasta el punto de que era habitual en Madrid la presencia de las amas que llegaban en busca de empleo.

Desde los tiempos en que se habilitó el puerto de Santander para el comercio con América el transporte del trigo y de la harina de Castilla se hacía en carros de bueyes por el camino de Palencia. El tráfico era tan intenso que enriqueció a Reinosa y quienes vivían en los pueblos a lo largo del camino alternaban las faenas del campo con viajes a Castilla, o se dedicaban de lleno a la carretería. El oficio se ejercía al aire libre en un ambiente de libertad y compañerismo y dejaba muy buenas ganancias; la construcción del ferrocarril de Alar a Santander, en la que los carreteros no creían, dio fin al oficio y a la prosperidad de quienes lo ejercían. El tren, símbolo del progreso y de las nuevas costumbres, acabó con un modo de vivir tradicional, y así lo vieron Duque y Merino («El último carretero», *El Ebro*, 1888) y Pereda («Cutres», *Album De Cantabria*, 1890). El tío Neles y Cutres son viejos carreteros nostálgicos que añoran un oficio cuyas maravillas relatan, y son incapaces de adaptarse al mundo moderno: a Neles le mata el tren y Cutres vive resentido y amargado.

Al igual que en otras regiones españolas, particularmente en el norte, las condiciones económicas obligaron a muchos hombres jóvenes a emigrar a América, de donde algunos volvieron ricos. Desde el punto de vista económico y humano, la emigración tuvo sus partidarios y sus detractores, entre éstos últimos estuvo Pereda quien dejó muy clara su opinión en «A las Indias» y en la novela *Pachín González*. Antes de la Revolución del 68 no se ensañó con ellos pues eran hijos de sus propias obras pero a partir de entonces vio en ellos la encarnación de la ideología liberal y del materialismo que acabaron con la vida patriarcal aldeana.

Los indianos que volvían ricos eran recibidos festivamente en sus pueblos (Manuel Pellón, «Costumbres montañesas. La llegada del indiano», *El Medio Bólide*, 1899); y muy codiciados por las jóvenes casaderas y sus familias (Ángel Gavica, «Las niñas, las mamás y los indianos», *Almanaque de El Montañés*,

1867; Pereda, «Las visitas», *Tanto tienes cuanto vales, Oros son triunfos*) y en la prensa local solían aparecer gacetillas humorísticas como ésta de *El Despertador Montañés* (1851): «Crónica de la capital. Flota monstruo. Aviso a las muchachas. Por medio de los caracoles simpáticos sabemos que han salido de la Isla de Cuba con dirección a esta ciudad innumerables buques cargados de pájaros tropicales que se proponen anidar aquí, si encuentran pájaras de su gusto».

El indiano es un personaje frecuente en el costumbrismo y en la novela del XIX, que aparece a comienzos de su carrera (Pereda, «A las Indias»; Anón., «Costumbres de la Habana. Las cartas de recomendación», *Semanario Pintoresco* (1839), como a lo largo de su vida (Antolín Esperón, «Impresiones de viaje. Santander y la Provincias Vascongadas», *Semanario Pintoresco*, 1850, Antonio Ferrer del Río, «El indiano», *Los españoles pintados por sí mismos*, 1851 o de vuelta, ya prósperos. Algunos autores los vieron con respeto como Amós de Escalante en *Costas y montañas*) y Duque y Merino, en «Una romería»; el anónimo autor de «El Indiano» (*El Capricho*, 1849-1850) hizo una descripción malintencionada y burlesca del tipo, Fernando Pérez de Camino, retrató humorísticamente al joven emigrante Cencio Velortos en *Marinucas* y Pereda los pintó como seres ridículos, deshonestos y descreídos (*Oros son triunfos, Tanto tienes cuanto vales, Don Gonzalo González de la Gonzalera*),

Los montañeses emigraban también a Andalucía para trabajar en las tabernas y en las bodegas de otros paisanos suyos. La «carrera del mostrador» era muy dura y aquellos muchachos pasaban largos años hasta conseguir establecerse por su cuenta. Los costumbristas describen tanto su lastimoso aspecto de trabajador explotado (Prudencio Sánchez, «Los montañeses en Andalucía», *El Eco Montañés*, 1900; Ramón Sánchez Díaz, «Mis viajes. Los derrengados», *El Eco Montañés*, 1900; Federico de la Vega, «Un consejo de familia. Cuento que parece historia...» *La Abeja Montañesa* 1865), como sus ocasionales regresos al pueblo. Y es que cuando tenían algún dinero sucumbían a la tentación de lucirlo y hacerse admirar, y volvían al pueblo por San Juan, vestidos a lo curro, con sombrero calañés, y hablando con acento andaluz de la manera displicente con que lo hacían sus parroquianos. Pero al cabo de cierto tiempo, agotados sus recursos, tenía que regresar a pie a Andalucía para ejercer el mismo oficio. Tan falsa prosperidad y tan efímero triunfo ocasionaron las burlas de sus convecinos y los artículos satíricos de los costumbristas (Pereda, «El jándalo», *El Tío Cayetano*, 1859).

El hidalgo montañés de aldea pobre y lleno de pretensiones nobiliarias fue para algunos autores un personaje ridículo que llega a alcanzar características de *figurón*; para otros, representa los valores tradicionales frente a la

corrupción de costumbres y las influencias extranjeras, y Pereda lo vio con ironía (*Palos en seco, Suum cuique, Blasones y talegas*) pero después del triunfo de la «Gloriosa» como un patriarca que regentaba paternalmente la sociedad campesina (*Don Gonzalo González de la Gonzalera, Peñas arriba*).

Los pescadores santanderinos eran trabajadores y sufridos, generosos, de buen corazón y devotos de la Virgen del Carmen pero también ignorantes, malhablados y dados al vino: gente indisciplinada, simpática y pintoresca. Enemigos de cambios, formaban una sub-cultura molesta para la sociedad burguesa que los alejó del centro de la ciudad. Pereda dejó inolvidables semblanzas suyas en «La leva» y «El fin de una raza», sin duda sus dos mejores artículos costumbristas, y en *Sotileza*.

Las mujeres descargaban el pescado y lo vendían, eran más arrojadas que los hombres, insultonas, escándalosas y dispuestas a la pelea, y a la vez abnegadas, generosas y devotas, y de ella dejaron semblanzas, entre otros, el anónimo autor de «La marinera antigua» (*El Despertador Montañés*, 1849); José López Bustamante («La sardinera», *El Buzón de la botica*, 1844); Joaquina A. Oliván («La sardinera. Tipos de Santander», *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, 1881; y, naturalmente, Pereda en los artículos y novelas citados.

Los raqueros eran hijos de estas pescadoras y de estos marineros y crecían libres buscándose la vida por los muelles. El tipo aparece ya en 1823 («Santander y su puerto», *Boletín de Comercio*); Pereda le retrató en su artículo «El raquero» y en *Sotileza*, Amós de Escalante le dedicó un bello soneto, «Pragmática del bañista. En el paredón de Anaos» (*Rimas varias*) y de él hicieron semblanzas cariñosas y nostálgicas, entre otros, Juan Antonio Galvarriato, Fernando Pérez de Camino, y tantos otros en el siguiente siglo. En el Santander de hoy día, cerca de Puertochico, las figuras de unos raqueros en bronce arrojándose al agua, obra del escultor José Cobo, conmemoran su presencia antaño en la ciudad.

El costumbrismo nostálgico lamentaba la desaparición de las costumbres y los tipos tradicionales propias de un país o de una región, ante el empuje de lo que Pereda llamaba «el espíritu moderno», un sentimiento que expresaron melancólicamente unos versos de Luis Barreda:

¡Oh tonadas seculares
del campo! ¿Dónde habéis ido?
La gente, aquellos cantares,
tan del alma dio al olvido. («Día festivo», *El báculo*)

Junto a él hay otro costumbrismo de carácter más crítico y satírico que se centra en la observación de los usos y costumbres de un presente del que

el escritor forma parte. El primero estaba en la línea de «El sombrero y la mantilla» de Mesonero, y el segundo más cercano en cierto modo al espíritu de los artículos de Larra. A medida que avanza el siglo aumentan la prosperidad económica y el crecimiento urbano de Santander, y la prensa relata las fiestas, los bailes, las funciones de teatro y las corridas de toros del verano, la entrada y salida de grandes vapores y las visitas de reyes y de otra gente ilustre. Crónicas, artículos de costumbres y gacetillas dan un cumplido retrato del diario vivir en una ciudad que contaba con una próspera burguesía —la «farinocracia» de que hablaba Pereda— que vivía de la navegación y del comercio. Destaco «Cartas rusas», por «Clemente», que ofrece una perspectiva satírica de escenas de la calle (*El Despertador Montañés*, 1849), y en la misma línea, «Los pollos», en *El Recreo Popular* en 1850. Y a pesar de su corta vida, el semanario *El Trasconejado* (1849) publicó los «estudios de costumbres» de carácter satírico y de gran calidad, «Las modistas», «Los escritores y el público», «La criada de servicio», y «La señora de gran tono», precursores de otros con tema semejante que aparecerían después.

Los hijos de aquellos comerciantes, indianos y navieros eran ya señoritos con inquietudes literarias, Pereda fue uno de ellos y en artículos como «Santander (antaño y ogaño)», «El primer sombrero», «La llegada del correo», «La guantería» «Los bailes campestres», «Pasa-calle» o «La romería del Carmen» fue retratando la ciudad y a sus gentes. De especial interés son muchos artículos del *Santander Crema* que podrían considerarse crónicas humorísticas de aquella sociedad como «El sombrero, artículo de primera necesidad» por «Argos» [Enrique Menéndez Pelayo], «De contrabando» por «Cerilla» [Tomás C. Agüero], sobre los polisones de las señoras, «Un chico fino: Garabatos sociales» por N. de Bengoa y Cabrero, y «Cuadro de costumbres locales» por «Nervio». Y en una carta a los «Sres. Redactores del *Santander-Crema*», publicada en aquel semanario, Pereda hizo una detallada descripción de la manera de vestir y las costumbres de los jóvenes de su tiempo, tan diferentes de las del presente. Entre aquellos tipos urbanos aparecieron repetidamente las alegres costureras, jóvenes y bellas, cortejadas por los señoritos y admiradas por los viejos («Las modistas», *El Trasconejado*, 1849; Pereda, «La costurera (pintada por si misma), *La Abeja Montañesa*, 1864; y «Pasa-calle», *Tipos y paisajes*, 1871); así como «Nuestros paseos. El Pañuelo» y «La calle de San Francisco» (1886) ambos de Enrique Menéndez Pelayo, que publicó *El Atlántico*.

Mediado el siglo XIX Santander se había puesto de moda como centro de veraneo para la Familia Real desde los tiempos de Isabel II hasta fines del reinado de Alfonso XIII, y la burguesía española siguió su ejemplo (Anón., «Baños de oleaje en Santander», *Gaceta de Madrid*, 1847, Anón., «Baños de

ola en el Sardinero», *El Despertador Montañés*, 1848, Pereda, «Los baños del Sardinero a vista de castellano rancio», *La Abeja Montañesa*, 1865. Santander rebosaba de gente en julio y agosto, y las páginas de la prensa local abundaban en artículos veraniegos con fuerte sabor de crónica de costumbres contemporáneas sobre los bailes, los baños de ola, las excursiones y las ferias de Santiago.

La actitud de los santanderinos hacia los veraneantes era ambivalente pues, si por una parte, muchos vivían buena parte del año de las ganancias que les proporcionaban aquellos, por otra, les desdeñaban por el hecho de ser forasteros y gente de tierra adentro. Buena muestra de esta actitud sería el despectivo modo de retratarlos que tuvo Pereda en una serie de semblanzas que fue publicando en *La Tertulia* y que recogió después en el volumen *Tipos trashumantes*, y años más tarde en *Nubes de estío*. Más benévolo pero igualmente satírico fue su retrato de otros *Tipos trashumantes*, «Los de Becerril», aquellos paletos castellanos que llegaban con las alforjas al hombro a tomar baños por consejo del médico; y de ellos hizo «Sardinero» un nuevo retrato, «Las guerrillas», en *El Atlántico* (1890).

La lectura del presente trabajo revelaría la presencia de un grupo de escritores que controlaron el periodismo y las letras de la Montaña en el siglo XIX. La aportación del autor de *Sotileza* como novelista, como autor de costumbres y como periodista fue capital en las letras de su tierra, hasta el punto que habrá que distinguir siempre entre un *antes* y un *después* de Pereda.

El costumbrismo montañés ofrece unas características que son propias junto con otras que están relacionadas con las de las provincias limítrofes. Pereda y otra gente de su grupo eran regionalistas y estaban orgullosos de su montañesismo, eran conservadores en política (algunos tuvieron simpatías carlistas), evocaron un mundo utópico y tradicional, y el autor de *Peñas arriba*, difundió en sus obras la imagen idílica de la vida en unas aldeas regidas paternalmente por los hidalgos.

Pienso, en fin, que está por hacer una historia del periodismo en Cantabria basada en la lectura sistemática y el análisis detenido de su prensa, comenzando por la valiosa colección de periódicos y revistas custodiada en la Biblioteca Municipal de Santander. Y hay publicaciones como *Santander Crema*, *El Atlántico*, *La Atalaya* o *El Cantábrico* que por su relevancia merecen un estudio monográfico. Por otro lado, la presencia de Pereda, de Menéndez Pelayo y de Amós de Escalante en la prensa montañesa y su estrecha relación con las publicaciones periódicas de más calidad literaria de su tiempo ha oscurecido otras de ideología liberal y republicana tan merecedoras también de atención y estudio como *El Cantábrico*, *La Voz Montañesa* o *El Diario de*

Santander, y de periodistas tan destacados como Antonio Coll y Puig, Justo Colongues Klimt, o José Estrañi.

Bibliografía

- BONET, Laureano (1983). *Literatura, Regionalismo y lucha de clases*, Barcelona, Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona.
- DEL CAMPO ECHEVARRÍA, Antonio (1987). *Periódicos montañeses (1) 1808-1908, Cien años de prensa en Santander*, Santander: Tantín.
- CLARKE, Anthony H. (1991). «Cartas de Pereda a Laverde», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXVII, pp. 157-270.
- COSSÍO, José María de (1951). *Gumersindo Laverde*, Selección y estudio. Santander, Antología de Escritores y Artistas Montañeses, XXIV; «Gumersindo Laverde y Ruiz,» pp. 385-414 y «Semblanza de don Gumersindo Laverde, y en (1973). *Estudios sobre Escritores Montañeses*, II, Santander, Institución Cultural de Cantabria. Ruiz, pp. 415-427.
- FUNDACIÓN JOAQUÍN DÍAZ (2000). *Amas de cría. Catálogo de la Exposición*, Uruëña.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1988). «El Entremés de la Buena Gloria (1783) de Pedro García de Diego. Estudio y edición», *Anales de Literatura Española*, 6, pp. 273-308.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1991). *Los montañeses pintados por sí mismos*, Santander: Colección Pronillo.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1985). «De figurón a hombre de pro: el montañés en la literatura de los siglos XVIII y XIX», *Studies in Eighteenth Century Literature and Romanticism in Honor of John Clarkson Dowling*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, pp. 89-98.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (2004). *Del periodismo al costumbrismo. La obra juvenil de Pereda (1854-1878)*, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (2008). *Pachín González. Miscelánea*, Edición, estudio y notas, en *Obras Completas* de José María de Pereda, IX, X y XI, Santander, Diputación Provincial de Cantabria.
- MADARIAGA, Benito (1987). *Antología del regionalismo en Cantabria*, Santander, Tantín.
- PEREDA, José María de (1980). *La puchera*, Madrid, Castalia. (Introd. de Laureano Bonet),
- PEREDA, José María de (1989). *Escenas Montañesas y Tipos y Paisajes*, en *Obras Completas*, I, Santander, Diputación Regional de Cantabria. (Edición, estudio y notas de Salvador García Castañeda).
- PEREDA, José María de (1989). *Tipos Trashumantes y Esbozos y Rasguños*, en *Obras Completas* II, Santander, Diputación Provincial de Cantabria. (Edición, estudio y notas de Salvador García Castañeda).

- PÉREZ DE CAMINO, Fernando (2008). «Plus ultra», *Marinucas*, (Salvador García Castañeda y Fernando de Vierna, eds.) Santander: Muelle de Anaos, pp. 61-73.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1982-1891). *Epistolario*, (Manuel Revuelta, ed.). Madrid, Fundación Universitaria Española, 23 vols.
- SÁEZ PICAZO, Francisco y Felisa GUTIÉRREZ IGLESIAS (1977). *Catálogo de la Hemeroteca montañesa (1809-1976). Índice de publicaciones periódicas de Santander y su provincia*, Santander, Institución Cultural de Cantabria.
- SIMÓN CABARGA, José, (1982). *Historia de la prensa santanderina*, Santander, Centro de Estudios Montañeses.

Fecha de recepción: 31/05/2013

Fecha de aceptación: 11/06/2013